

Temas y problemas de historia antiguo-oriental. Una introducción

Federico Luciani y Leticia Rovira (comps.) (2020).
Santa Fe: Ediciones UNL, 268 páginas.
ISBN 978-987-749-245-3



Pablo Jaruf

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Luján / Instituto Superior del Profesorado “Joaquín V. González”, Argentina

Este libro es producto de la cátedra de Sociedades del Cercano Oriente, de la Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina. Como los compiladores explican en el prefacio, está pensado para estudiantes que cursan el primer año de las carreras de Profesorado y Licenciatura en Historia, y tiene como objetivo iniciarlos en el estudio del Cercano Oriente antiguo, así como también comenzar a familiarizarlos con la lectura de textos científicos. Estas características favorecen que el libro también esté al alcance del público en general, complementando así la investigación y la docencia con la divulgación del conocimiento.

Para cumplir con dicha tarea, los compiladores han reunido dieciséis artículos redactados por reconocidos especialistas nacionales e internacionales, todos trabajos que fueron concebidos especialmente para esta publicación, con la sola excepción de la contribución de Mario Liverani (La Sapienza, Universidad de Roma), quien colaboró permitiendo la traducción de una publicación original suya en inglés. Antes de comenzar con los artículos, se pronuncian unas palabras en memoria de Cristina Di Bennardis, profesora de ambos compiladores, quien falleció cerca de la fecha de publicación y a quien está dedicado este libro.

El primer capítulo, “La arqueología en el Cercano Oriente: nacimiento, desarrollo y perspectivas a lo largo del tiempo” (pp. 11-30), de Davide Nadali (La Sapienza, Universidad de Roma), ofrece una visión actualizada y crítica sobre la historia de esta disciplina, la cual periodiza en tres fases

principales: 1) fase precolonial; 2) fase verdaderamente colonial; y 3) fase poscolonial. La primera fase, todavía en contexto otomano, se trataba más bien de una arqueología en el Cercano Oriente, cuyo objetivo era conseguir piezas para exhibir en los museos imperiales de Londres, París y Berlín, así como también justificar el relato bíblico y las fuentes clásicas, que a su vez eran utilizadas como guía para la exploración. La segunda fase, que corresponde al período de entreguerras, se caracterizó, por un lado, por la intensificación de las excavaciones a cargo, como en la época otomana, de investigadores occidentales y, por otro lado, por la fundación de museos locales, como el Museo de Bagdad. La última fase, en cambio, representa la incorporación de investigadores locales y el rol de las autoridades de los nuevos países independientes, quienes ahora no sólo tienen bajo su responsabilidad el patrimonio, sino que también lo resignifican en función de la situación presente, sirviendo como fundamento en torno a reclamos de distintos pueblos y tradiciones. A continuación, el autor problematiza el peso de Mesopotamia en los estudios, lo que genera la falsa impresión de que las demás regiones eran periféricas, aportando datos sobre la arqueología en Siria, ofreciendo así un cuadro más equilibrado. El trabajo cierra con propuestas sobre nuevas perspectivas, las cuales deberían basarse en una estrecha cooperación entre investigadores extranjeros y locales, estableciendo proyectos de largo alcance, actividad que incluso puede contribuir como salvaguarda en un contexto atravesado por la fuerte inestabilidad política.

El segundo capítulo, “La materialidad del cuneiforme” (pp. 31-44), de Armando Bramanti

(Universidad Complutense de Madrid), pasa de la arqueología a la escritura, pero ponderando su aspecto material, gesto original que permite un acercamiento distinto a los orígenes y características de esta técnica. A lo largo del trabajo, el autor presenta de manera breve los soportes de la escritura, la diplomática o *grafotáctica*, que estudia los aspectos meta-textuales de los documentos escritos, y las formas de la impresión y del cálamo cuneiforme, todo lo cual permite al lector conocer las herramientas básicas para el estudio de este sistema de escritura. El capítulo se acompaña de varias imágenes que ilustran de manera clara todo su contenido, siendo uno de los pocos del libro que hace uso de este recurso, lo que sin duda es importante pensando en los estudiantes o el público en general.

El siguiente capítulo, “La Prehistoria tardía en Palestina: los períodos Neolítico, Calcolítico y la Edad del Bronce Antiguo” (pp. 45-62), de Ianir Milevski (Autoridad de Antigüedades de Israel), vuelve otra vez a la arqueología, en este caso para reconstruir una larga secuencia que va desde 9500 hasta 2500 a.C. El foco en Palestina, es decir, en el Levante meridional, una de las regiones más excavadas y mejor conocidas, permite seguir el desarrollo histórico desde la domesticación de plantas y de animales hasta el surgimiento de los primeros asentamientos urbanos. Se recomienda prestar atención a la tabla cronológica (p. 46) que sintetiza este largo proceso, relacionando períodos con fechas y culturas líticas y cerámicas. Hacia el final, el autor considera los límites del urbanismo local en comparación con Mesopotamia, Siria y Egipto, donde destaca la emergencia de economías centralizadas con un intercambio de productos basado en valores metálicos.

El capítulo cuatro, “Aspectos de la economía mesopotámica en la época neo-sumeria” (pp. 63-80), de Franco D’Agostino (La Sapienza, Universidad de Roma), comienza reponiendo datos básicos sobre el período Protodinástico y la dinastía de Akkad, para pasar a presentar algunas características generales de la época neo-sumeria. A continuación, da cuenta del lugar de donde procede la documentación administrativa, e incluso la cantidad de tablillas exactas

halladas en cada lugar. El capítulo continúa explicando las distintas categorías de trabajadores, su relación con las grandes instituciones y su forma de paga, mencionando también la cuestión de las prebendas. Sigue con secciones breves, pero bastante completas, dedicadas a la agricultura, la ganadería, la caza y la recolección en el ambiente pantanoso del extremo sur de la Mesopotamia, el transporte y el comercio, finalizando con la cuestión de la moneda, sobre lo cual comparte la idea de un “bimetalismo” basado en la plata y la cebada. De estos apartados nos gustaría resaltar la parte dedicada a la tipología de los campos y sus distintas categorías, lo que incide en los tipos de tasación, así como también la diferencia establecida entre la administración del *kalam* (país de Sumer), la región central, y del *mad*, la amplia franja que protegía por el noreste al país de Sumer (p. 65).

Sigue un capítulo redactado por Eleonora Ravenna (La Sapienza, Universidad de Roma), el cual se titula “Permanencias y cambios durante el período hammurabiano en Sippar y Larsa” (pp. 81-97). Este trabajo ya pasa al siguiente milenio, respetando así el libro un eje cronológico que llega hasta la época helenística-parta, como es convención en los estudios del Cercano Oriente antiguo. Comienza repasando desde el final de la III Dinastía de Ur, para pasar a concentrarse en el reinado de Hammurabi de Babilonia. El capítulo se organiza en tres partes bien demarcadas, la primera dedicada a las dinámicas de poder, comparando la situación de Larsa y de Sippar; la segunda a los cambios en la posesión de la tierra y la administración, donde analiza la asignación de actividades económicas a determinados individuos; mientras que en la tercera parte, la autora ofrece lo que ella llama una “historia”, pero que quizás sería mejor considerar como un ensayo de “biografía” o de “ethnohistoria”, donde intenta reconstruir las acciones de esos nuevos sujetos sociales que surgieron en dicha época. Para esta tarea se basa en un grupo de nueve cartas de Sippar, lo que permite un acercamiento micro, gracias al cual la autora advierte la existencia de dos redes sobrepuestas, una formal y otra informal, donde estos nuevos sujetos parecían actuar.

El siguiente capítulo, “Un acercamiento político a la historia de Mari” (pp. 99-117), de Leticia Rovira (Universidad Nacional de Rosario / Universidad Nacional del Litoral), introduce al lector en conocimientos básicos sobre esta ciudad ubicada en el Éufrates medio, cabeza de un reino del mismo nombre en los años previos a la expansión y conquista de Hammurabi. Al comienzo, se sintetiza la información sobre las campañas arqueológicas y las publicaciones de las tablillas cuneiformes halladas en el sitio, datos necesarios para todo aquel interesado en estudiar la región y el período. Luego introduce algunas características del asentamiento, de los distritos del reino y de los canales. A continuación, ofrece un acercamiento a la historia de los Lim, la última dinastía que gobernó la ciudad, considerando el interregno de Shamshi-Addu y su hijo, Yasmah-Addu, hasta la recuperación del trono por parte de Zimri-Lim y su caída definitiva ante Hammurabi de Babilonia. Este recorrido lo completa con el alcance de los vínculos con otros reinos de la época y los medios que se empleaban para establecer dichas relaciones políticas.

El tema anterior se continúa en el séptimo capítulo del libro, que justamente se titula “De las relaciones internacionales en el Próximo Oriente Antiguo: un abordaje general” (pp. 119-132), redactado por Cecilia Molla (Universidad de Barcelona). En este trabajo, la autora dedica la mayoría de las páginas a planteos introductorios, defendiendo la noción de relaciones internacionales para el Cercano Oriente antiguo, y posando la mirada en el período amorreo o paleobabilónico, cuando afirma que se puede visualizar la consolidación de estos vínculos, los cuales son mejor conocidos en un período posterior, la época de el-Amarna. Hacia el final ofrece una serie de consideraciones respecto al reino de Mari, pero el trabajo se corta de manera abrupta, sin plantear un cierre ni conclusiones.

El capítulo octavo, “Historia y cultura de Ugarit” (pp. 133-142), de Jordi Vidal (Universidad Autónoma de Barcelona), se dedica a una ciudad siria donde las relaciones internacionales fueron claves, particularmente en su última etapa, la de la Edad del Bronce Tardío. Como el capítulo de Rovira, introduce al lector en conocimientos

básicos sobre esta ciudad, en este caso ubicada en la costa del mar Mediterráneo. También sintetiza la información sobre las campañas arqueológicas y las publicaciones de las tablillas cuneiformes halladas en el sitio, cumpliendo así los objetivos que se propone el libro según plantea el prefacio. A continuación, ofrece un breve resumen de la historia del reino durante el Bronce Tardío, cuando había quedado sujeto, primero, a los egipcios y, después, a los hititas. Al final, ofrece algunas apreciaciones sobre cultura y religión, sin duda aspectos que llaman mucho la atención, debido a que formaban parte del mundo cananeo, el cual se conocía básicamente sólo gracias a la Biblia Hebrea. De lo anterior, se concentra en el ciclo canónico de Baal y en las leyendas de Qirta y de Aqhat.

El capítulo siguiente, “Los llamados tres períodos intermedios como parte de la reconstrucción de los tiempos faraónicos” (pp. 143-158), de Elisa Priglinger (Universidad de Viena), es el único de todo el libro que se dedica al Egipto antiguo. Comienza criticando la periodización basada en reinos/imperios y períodos intermedios, sosteniendo que sería mejor hablar de dinastías y regiones. Se recomienda la tabla cronológica que ofrece la autora (p. 145), muy útil para quien no conoce la cronología egipcia antigua. El abordaje de los llamados períodos intermedios lo realiza a partir de los momentos en que se ubican, subtitulando los correspondientes apartados de su trabajo “El fin del III milenio a.C.”, “Mediados del II milenio a.C.” y “El final del II milenio a.C.” (sic). En estas secciones, la autora sintetiza los cambios más relevantes, subrayando justamente que estos períodos permitieron el desarrollo de innovaciones culturales que, de otra manera, nunca hubieran existido.

El décimo capítulo, “La otredad en tiempos neo-asirios” (pp. 159-168), de Federico Luciani (Universidad Nacional del Litoral / Universidad Nacional de Rosario), vuelve a Mesopotamia y pasa del segundo al primer milenio a.C. Al comienzo, recuerda la mirada que se tenía sobre los asirios desde la imagen bíblica en adelante, planteándola como una forma de otredad que terminó por consolidarse cuando comenzaron las primeras campañas y las excavaciones en sitios

que resultaron ser capitales asirias, temática que amplía lo ya tratado por Nadali en el primer capítulo del libro. Luego, el autor pasa a considerar el problema de la otredad en tiempos neo-asirios, planteando la visión que tenían sobre sí mismos y los otros, dimensiones donde la voluntad imperial es clave para entender la forma que adoptó dicha configuración. Al final del trabajo, se detiene a examinar la visión sobre Babilonia, centro cultural de primera importancia con el cual los asirios se vinculaban de distinta manera. Se lamenta la falta de un balance o conclusión, que permita dar cierre a la contribución.

El siguiente capítulo, “Repensando la historia del ‘antiguo Israel’” (pp. 169-181), de Emanuel Pfoh (Universidad Nacional de La Plata), remite también al relato bíblico, pero para dar cuenta de cómo el avance de las investigaciones arqueológicas ha reducido drásticamente su alcance, descartando la existencia de un período de los patriarcas, del Éxodo, de la conquista e, incluso, de la Monarquía Unida. Por esta razón, el autor aboga por un cambio de paradigma, donde la primacía debería ser otorgada a las fuentes arqueológicas y epigráficas, mientras que la Biblia Hebrea corresponde ser considerada como testimonio teológico de la experiencia religiosa de comunidades israelitas de la antigua Palestina. Sobre la identidad israelita debate las hipótesis de la infiltración pacífica, de la conquista y de la revolución campesina, sosteniendo que, en realidad, dicha identidad era una proyección hacia el pasado de un grupo postexílico de adoradores a Yahweh. El Israel histórico, por llamarlo de alguna manera, se trató en realidad de dos reinos distintos, uno con capital en Samaria y otro en Jerusalén que, tras el avance asirio y luego caldeo, terminaron formando parte de entidades imperiales mayores. Es justamente a partir de dicho momento, cuando un reducido grupo de adoradores, en oposición a otros grupos, elabora una visión sobre sus orígenes y sus vínculos con Yahweh, deidad a la que también se prestaba culto en los reinos de Samaria y de Jerusalén, aunque no todavía de manera monoteísta.

El duodécimo capítulo, “Los textos rituales de los templos en época tardo-babilónica (siglos IV-I a.C.)” (pp. 183-196), de Rocío Da Riva

(Universidad de Barcelona), continúa la temática religiosa, aunque ahora ambientada en la época persa, selúcida y parto temprana, acercándonos así al final del recorrido histórico que propone el libro. La autora se concentra en un grupo de 120 tablillas y fragmentos, los cuales refieren a los rituales llevados adelante en el Esagil y otros templos de Babilonia. Para su análisis considera el contexto político, explicando que para esta época Babilonia ya había perdido su centralidad política, pasando a estar bajo la dependencia de poderes foráneos. A continuación, da cuenta de aspectos metodológicos a tener en cuenta para todos aquellos interesados en trabajar con estos documentos, como por ejemplo la característica de la lengua y el estilo de los textos. Ofrece también una definición de ritual, herramienta conceptual cuya utilidad excede el análisis de esta situación en foco. Finalmente, pasa a sintetizar el contenido de estas tablillas, prestando atención a los templos que mencionan, su personal y los distintos rituales y ceremonias que tenían lugar en Babilonia. Por último, reserva un apartado para el lugar de la música en el culto, temática que es abordada también en un capítulo posterior de esta obra.

El siguiente capítulo, “Estrategias persas de intervención en el Asia griega: el caso de los tratados persa-espartanos en la guerra Jonia (412-411 a.C.)” (pp. 197-207), de Martín Cifuentes (Instituto Superior del Profesorado “Dr. Joaquín V. González”), vuelve al siglo V a.C., razón por la cual quizás hubiera sido mejor ubicarlo antes del trabajo anterior, para respetar el eje cronológico que presenta el libro. En este trabajo, el autor propone repensar procesos y acontecimientos que suelen ser considerados como “autónomos” de Grecia, pero que en realidad deben ser comprendidos como parte del Imperio persa y, por lo tanto, del Cercano Oriente. En concreto, se refiere a cómo los persas, a pesar de su derrota, lograron orientar a su favor la contienda entre Atenas y Esparta, esta vez gracias a la vía diplomática, para lo cual analiza el llamado tercer tratado persa-espartano. Este acuerdo, si bien se encuadraba en la tradición normativa griega, terminó ubicando a Esparta como instrumento político del rey persa, lo que le permitió recuperar sus dominios en Asia Menor.

Los últimos tres capítulos del libro, a diferencia de los anteriores, presentan temáticas transversales, es decir, que atraviesan distintos períodos. El primero de ellos se titula “Prácticas musicales en la antigua Mesopotamia” (pp. 209-223), redactado por Gioele Zisa (Universidad de Palermo, Italia). Aquí, el autor ofrece un trabajo más bien descriptivo, donde recorre los términos sumerios y acadios para referirse a la música y a distintos instrumentos musicales, sumando la evidencia arqueológica e iconográfica disponible. Destaca que entre los antiguos existían términos para diferenciar entre géneros musicales, como aquellos referidos a canciones melódicas/rítmicas. A continuación, presenta a los profesionales de la música, muchos de ellos vinculados con el templo, complementando así lo que planteaba Da Riva en su capítulo. Sobre la formación musical, señala que se aprendía por fuera de la escuela. Con respecto a los ámbitos donde se tocaban instrumentos, se cantaba y se bailaba, destaca otra vez el espacio ritual, pero considera también la caza, la guerra y, además, todos aquellos espacios “populares”, como pueden ser competencias de lucha, tabernas, calles, e incluso canciones de cuna y lamentaciones en funerales.

El anteúltimo capítulo, “Relaciones de género y poder en el Cercano Oriente antiguo: una historia en construcción” (pp. 225-238), de María Rosa Oliver (Universidad Nacional de Rosario), ofrece una visión actualizada y crítica sobre esta temática. Tras un comienzo abrupto, que asume del lector conocimientos previos sobre los estudios de género, la autora presenta las tres olas/fases de la Historia de las mujeres, de las cuales analiza su impacto en los estudios del Próximo Oriente antiguo. Sobre la primera, afirma que prácticamente pasó desapercibida por la disciplina, mientras que la segunda comenzó a influir, destacando allí la obra de Gerda Lerner (1986). Recién en la tercera ola es cuando se constata un verdadero impacto, llegando también de la mano de un fuerte cuestionamiento de los presupuestos epistemológicos y el desarrollo de nuevas metodologías. Para esta altura, las relaciones de género incluyen diversidad de identidades sexo/género y ya no el binomio varón/mujer. Es en este contexto donde la autora

inserta su trabajo dirigiendo equipos de investigación en la Universidad Nacional de Rosario, a los que hace referencia en la siguiente sección del capítulo. Por último, incorpora una posible contribución del feminismo poscolonial, especialmente aquella relativa a pensar las resistencias como formas de empoderamiento.

El libro cierra con un capítulo de Mario Liverani, “Imperialismo” (pp. 239-263). En este caso, como señalamos, se trata de una traducción de un artículo publicado de manera original en inglés (2005). El trabajo comienza con una crítica del orientalismo, visión que ha impregnado la mirada sobre los imperios, tanto antiguos como modernos, en especial del Imperio otomano. A continuación, profundiza en la contraposición que se ha planteado entre Occidente y Oriente respecto a los valores políticos y morales, recayendo los aspectos negativos, claro está, sobre el lado oriental. Contra la aplicación del modelo imperial a casi cualquier entidad política de relevancia para la escala de la época, como pudo ser Acad, Ebla o Ur III, el autor prefiere reservar dicha categoría a los imperios neosirio, neobabilónico y aqueménida, como de hecho sucedía en la visión “clásica”, basada tanto en la Biblia como en los autores greco-latinos. Sucede que sería recién con estos imperios cuando se habría logrado incluir gran parte del *oikumene* del Cercano Oriente de sus tiempos. Tras lo anterior, Liverani detalla distintos problemas a analizar en estos imperios, como son la infraestructura, las capitales, la ideología, la relación centro-periferia, el proceso de toma de decisiones, los efectos del imperialismo y, por último, su crecimiento y colapso. El capítulo finaliza con una consideración crítica sobre aquellas miradas que descartan el modelo de imperio, explorando la posibilidad de otras opciones, como por ejemplo la del sistema mundial.

En resumen, se trata de una obra bastante heterogénea, que cubre distintas regiones y períodos del Cercano Oriente antiguo a partir de trabajos breves, varios de ellos introductorios, cumpliendo así con los objetivos propuestos por los compiladores, sirviendo entonces como material para estudiantes ingresantes y el público en general. Destacamos la figura de los

colaboradores, varios de ellos especialistas consagrados en el área, lo que permite a los lectores tener acceso a contenidos actualizados en nuestra lengua, lo que no siempre es fácil. Felicitamos por tanto a los compiladores, reconociendo el esfuerzo que seguro habrá implicado reunir a dichas personalidades, más el consecuente trabajo de traducción y de edición.

Lamentamos, sin embargo, la práctica ausencia de capítulos dedicados al antiguo Egipto, carencia que seguramente pueda ser resuelta a futuro en caso de que se publique un segundo tomo o volumen. Señalamos también cierto desequilibrio, imposible de evitar en una compilación de estas características, entre trabajos que ciertamente cumplen un rol introductorio y otros que exigen del lector conocimientos previos. Asimismo, la necesidad de brevedad ha llevado a que algunos autores cierren de manera abrupta sus trabajos, sin ofrecer balances o conclusiones. Por último, sentimos a veces la aplicación de enfoques teóricos un tanto eclécticos, como por ejemplo en la contribución de D'Agostino, quien, si bien sostiene, siguiendo a Steinkeller (2013), que la economía neo-sumeria estaba basada en un sistema patrimonialista, no tiene empacho en decir, en una nota a pie de página, que parte de los funcionarios eran "verdaderos 'burócratas' estatales" (p. 68), confundiendo así

dos categorías de análisis: la burocracia estatal y la patrimonial.

De todas maneras, estas últimas apreciaciones no dejan de ser detalles que, además de que no afectan la calidad del libro, nos permiten disentir y, gracias a ello, motivar el debate, lo que también debe ser el objetivo de toda obra. Esperamos que los estudiantes sepan aprovecharlo y que también tenga llegada al público en general, posibilidad real debido a su disponibilidad para acceder a la versión en PDF de manera libre y gratuita en la página de la editorial de la Universidad Nacional del Litoral: <https://www.unl.edu.ar/editorial>.

Bibliografía

- » Lerner, G. (1986). *The Creation of Patriarchy*. Nueva York: Oxford.
- » Liverani, L. (2005). Imperialism, en: Pollock, S. y Bernbeck, R. (eds.), *Archaeologies of the Middle East. Critical Perspectives*. Oxford: Blackwell, 223-243.
- » Steinkeller, P. (2013). Corveé Labour in Ur III Times, en: Garfinkle, S. y Molina, M. (eds.), *From the 21st Century B.C. to the 21st Century A.D. Proceedings of the International Conference on Sumerian Studies Held in Madrid 22-24 July 2010*. Winona Lake: Eisenbrauns, 347-424.